



PERFECTOS INTRUSOS

AJEDSUS BALCÁZAR PADILLA

LENGUA DE DIABLO

EDITORIAL

Perfectos intrusos

D.R. © 2024 Ajedsus Balcázar Padilla

D.R. Para esta edición © 2024 Lengua de Diablo Editorial
Antiguo Barrio de la Carolina, Cuernavaca, Morelos, México

<http://www.lenguadediablo.com>

<http://www.twitter.com/lenguadediablo>

<http://www.facebook.com/lenguadediablo>

Primera edición julio 2024

Colección Pixel

Portada: Midjourney Laboratorio Independiente de Investigación

Contraportada: IA Dream (WOMBO)

Ex-livris:

Jacobus de Teramo - *El Demonio ante las Puertas del Infierno*, del libro
“Das Buch Belial”; publicado en Augsburgo, 1473.

Todos los derechos reservados, incluida la reproducción en cualquier forma.

All rights reserved, including the right to reproduce this book, or portions thereof, in any form.

PERFECTOS INTRUSOS

Ajedsus Balcázar Padilla

RELATOS DE FICCIÓN ESPECULATIVA

PERFECTOS INTRUSOS

Ajedsus Balcázar Padilla

Colección Pixel

Lengua de Diablo Editorial

*La única posibilidad de descubrir
los límites de lo posible
es aventurarse un poco más allá de ellos,
hacia lo imposible.*
Arthur C. Clarke

UPDOWN

Al verlos nadie supo realmente de dónde llegaron. Lo que parecía una lluvia de estrellas, significó el aterrizaje de miles de máquinas estelares.

Las denominamos “máquinas”, pues ningún ser alienígena descendió de su estructura. Solamente extraños ligamentos emergieron de cientos de orificios que albergaban su esférica figura. En ocasiones únicamente hundían sus extremidades en el suelo, taladrando días, semanas e incluso meses enteros. Tal vez buscando algún raro mineral que necesitaran para subsistir o simplemente para expandir el caos y la destrucción por los territorios por donde se posaban. Los intensos temblores y sacudidas no se detenían nunca.

Aunque al principio las Fuerzas Armadas intentaron destruir sus duras carcasas, ningún proyectil o explosivo causó daño alguno. Los extraños artefactos extraterrestres seguían ahí, trabajando con cierta autonomía maligna. Moviéndose por determinadas áreas, desplomando cuanto estructura encontrara a su paso.

Lo cierto era que no producían peligro ante la población. En el mayor número de casos, solamente avanzaban creando profundos cráteres. Las personas que transitaban cerca no corrían peligro alguno. Eran tratados tal vez como hormigas insignificantes ante la gran mole de acero.

¿Pero qué buscaban? Te podrías preguntar.

¡Todos tuvimos esa misma duda!

Cientos de geólogos pudieron comprobar que en los cráteres existían restos de algunas gemas, diamantes y hasta oro. Toda piedra preciosa era extraída, succionada por sus erráticas y largas extremidades. Posiblemente nuestro planeta había sido elegido para un proceso de minería extraplanetaria.

Ante su paso muchos tomaban fotos a la temible estructura alienígena. Otros simplemente se miraban resignados al ver su llegada. Sabían que tarde o temprano tendrían que migrar y alejarse de su detestable presencia.

Al final de cuentas ya eran parte del panorama cotidiano.

PERFECTOS INTRUSOS

El día en que el ingeniero Liévano Tamayo descubrió la perturbadora verdad, supo con desesperación que su vida corría peligro. Más allá de que su nueva tecnología podría ayudar a la humanidad, realmente daría a conocer los verdaderos peligros que envolvían a esta.

Después de esconderse un par de semanas en el laboratorio que se encontraba en el sótano de su casa, pudo entender tras una larga y concienzuda reflexión que nada podría resolver estando ahí recluido. Armado de valor cargó sus objetos personales junto con un revólver 32 mm y salió en busca de alguien de confianza para contar lo que había vivido. Debía comprobar que todo lo sucedido no era una verdadera locura.

Llegó desde muy temprano a casa de Oliver Ramírez, uno de sus colegas más allegados. Ambos trabajaban como catedráticos en el Instituto Politécnico Nacional: Tamayo se especializaba en la investigación de nuevos materiales, además de la especulación de la Física Cuántica, en cambio Oliver enseñaba Microbiología en el Instituto de Ciencias. Ramírez era un hombre de cuarenta años, con cabello largo y lentes, muy buen amigo de su compañero ya mayor de edad. Liévano tenía alrededor de sesenta años; estatura media, con un pequeño bigote y calvo. Al maestro siempre se le veía fumando pequeños

habanos en su tiempo libre. En aquel instante el olor que lo caracterizaba era de un penetrante tabaco. La sorpresa de Oliver al ver a su colega fue más que evidente, pues sabía muy bien que el ingeniero era un hombre ermitaño, alguien que no frecuentaba visitas esporádicas a sus compañeros, más que en reuniones de trabajo.

—¡Liévano! ¿Qué haces aquí? —cuestionó su amigo con incredulidad—. Al menos hubieras avisado por teléfono que llegarías. Tiene semanas que te hemos estado buscando. ¿Qué pasó contigo?

En ese momento el celular de Ramírez empezó a sonar con un tono estridente, ante lo cual Liévano se acercó con rapidez a la mesita en donde estaba, tomándolo y prosiguiendo a estamparlo en la pared. Las piezas de plástico y la pantalla se desprendieron como cáscaras sintéticas.

—¡Qué carajos hiciste! ¿Estás mal de la cabeza? —exclamó con rabia su compañero, mientras levantaba los restos de su dispositivo.

—Es un gran favor el que te estoy haciendo, mi querido Oliver. Nadie debería de tener estos asquerosos teléfonos inteligentes —explicó el ingeniero con más tranquilidad, tratando de calmar a su amigo.

—¿Por qué dices eso? Este teléfono apenas lo había terminado de pagar. ¡Me tendrás que devolver su valor!

—No hay problema con eso, te lo pago. El motivo que me hace visitarte es también relacionado a toda esta tecnología. Aunque... —comentó Tamayo observando a su alrededor, para poder notar que en la misma sala se

encontraba una pantalla plana y una laptop en la mesa de estar—. Tienes algún lugar en donde no tengas ningún dispositivo. Es muy importante no estar cerca de ellos, lo que vengo a platicarte es de mucha importancia y no debemos tener interferencias.

Ramírez trató de apaciguar el coraje que tenía. Aunque incómodo, analizó el comportamiento de su amigo. El doctor Tamayo era un hombre serio, dedicado a sus investigaciones, era inusual verle haciendo actos que pusieran en juego su cordura. Ambos se dirigieron a la cochera, Oliver le extendió una silla para que su compañero se sentara. Los dos se vieron con cierta incertidumbre.

—¿Ya te sientes cómodo para hablar? —preguntó Ramírez.

—Sí, mucho mejor —afirmó Liévano, aclarando un poco la garganta—. Es cierto que desaparecí del instituto, pero los motivos que me obligaron a hacerlo fueron para protegerme de la cruda verdad a la que me vi expuesto. ¿Recuerdas de la nueva tecnología de lentes de reflexión y conducción que estaba realizando?

—Un poco. Me hablaste de ello hace unos meses durante una reunión en la sala de profesores. ¿Es la que deseabas enviar a la NASA para colocar en los nuevos trajes?

—Exacto, esa misma. Lo importante de este material, sería la eficiente transformación del dióxido de carbono exhalado por nosotros, para ser convertido inercialmente en oxígeno mediante la síntesis del casco mismo. Más allá

de que esto funcionase a la perfección, me llegué a topar con una característica peculiar en el panorama que me mostraba el nuevo revestimiento del cristal del casco.

Liévano le explicó que el artefacto suponía una aleación de grafeno con diamante para su elasticidad y dureza, además de incluir pequeños fragmentos de obsidiana que crearían una capa protectora ante grandes cantidades de radiación en la atmósfera. Oliver se sintió molesto ante la cátedra:

—Claro, claro. ¿Pero a qué va todo esto? Dime algo puntual para entenderte mejor. La tecnología de tu prototipo de casco me la habías explicado aquella vez. ¿Qué tiene que ver esto con que hayas desaparecido varios días?

—Muy bien... trataré de decirte esto. Pero necesitaré que mantengas una mentalidad abierta. Y si no me crees en este momento, tendrás que creerme al final cuando te pongas el casco —dijo Tamayo seriamente.

El ingeniero le comentó que lo que al principio sería un avance tecnológico para proteger a los astronautas y otorgarles más oxigenación. Esto supuso en cambio un terrible descubrimiento para Liévano en el momento en que lo utilizó fuera del laboratorio. Pues cuando se colocó el casco y activó el sistema de vacío de síntesis gaseosa, logró ver detalles en la realidad que le eran inusuales. Observó al cielo hasta notar pequeñas esferas flotantes que no había visto antes, sobrevolando a unos cuantos metros sobre los edificios. Lo peor fue al voltear a ver a los estudiantes cargando sus smartphones. Mencionó

que pudo notar una especie de ojo bulboso translúcido, mutante, que envolvía a cada aparato. Dirigiendo terribles filamentos de su estructura a las cabezas de los muchachos, cuando tardaban viendo contenido en sus celulares.

Ramírez se levantó de sobresalto en aquel instante. Observando a su amigo con incredulidad. Le dijo que todo eso era una locura. Se atrevió a decirle si no se había drogado. No le creía nada.

Tamayo negó las insinuaciones de Oliver. Pero confirmó que no sería una verdad fácil de digerir. Le invitó a seguirlo afuera de su casa.

—¿A dónde quieres llevarme? —preguntó Ramírez desconfiado.

—Traje en mi auto un par de cascos de *Diamantobsi-grafeno*. Tendrás que ponértelo para que veas lo que noté.

Ambos hombres salieron a la calle. Caminaron rumbo a la Explorer empolvada del ingeniero. Los pequeños rayos del sol salían de los cerros del poniente, algunas nubes se agolpaban en el cielo, pintándose de colores parduzcos.

Liévano abrió su cajuela. Dentro de ella estaba un pesado contenedor de metal que tenía una pequeña pantalla en la parte superior. El ingeniero tocó algunos números hasta que la tapa se abrió, para mostrar el interior con dos cascos de forma octogonal.

—Son éstas. Te pido de favor que te la pongas y te ayudaré a activarla —dijo el ingeniero, extendiéndole a Ramírez un dispositivo.

Aunque parecía pesada, esta no lo era en absoluto. A pesar de su transparencia, sus contornos se polarizaban con una fina capa cuando los rayos del sol la tocaban.

Oliver observó el artefacto con detenimiento. Se imaginó lo extraño que se verían los astronautas con ese tipo de casco, con la forma geométrica tan peculiar. Aunque ciertamente podría sustituir a los pesados trajes con su gran mochila con abastecimiento de oxígeno que solían usar. Con un poco de molestia, Ramírez se puso el casco. Liévano se acercó a él y le presionó unos botones a la altura de su cuello hasta que un mecanismo de aislamiento se activó. Frente a los ojos del profesor Ramírez se expandieron datos sobre sus índices corporales y una pantalla virtual le indicó los puntos cardinales, además de datos como: niveles de altura, presión atmosférica, nivel de oxígeno al exterior y toxicidad ambiental.

—Esto es muy sofisticado, maestro. Le felicito por su valioso trabajo... —comentó Oliver maravillado, al momento que movía la cabeza, observando a su alrededor hasta que se percató de algo extraño en el cielo—. ¡Maldita sea! ¿Qué es eso?

Ramírez se agachó tras el auto y miró a Liévano con intriga.

—Ahora entiendes lo que te digo. ¿Qué es lo que has visto?

—Pu..., pu..., es..., un maldito ojo flotando en el cielo —tartamudeó Oliver, tratando de recuperar la compostura.

—Así es. Existen éstos inusuales aparatos o criaturas sobrevolando arriba de nosotros. A simple vista no se ven, pero gracias al material de mi casco se pueden observar estos mecanismos de la irrealdad. ¿O nuestra realidad es falsa? Me he cuestionado todo esto y aquello en estos días que he estado aislado.

Ramírez se levantó y habló con desesperación:

—Quítame esto de encima...

—Espera, demos un paseo por la ciudad y podrás notar los puntos más importantes —sentenció su compañero, mientras se colocaba el visor octagonal.

Aunque incómodo, Oliver accedió al final. Subieron al automóvil con prisa.

Conforme avanzaron pudieron observar que cientos de aquellos inusuales aparatos esféricos sobrevolaban arriba en la ciudad. Girando sus estructuras oculares, vigilando a la población. Movidas por alguna maquinaria extraña.

Se estacionaron en el parque Chapultepec y contemplaron a un par de chicas que grababan vídeos con sus ahora, celulares mutantes.

—¡Buenos días, querida Ciudad de México! Somos Martina y Jovana. Hacemos este vídeo para invitarlos a realizar el siguiente reto en Tik Tok. Graben los pasos de baile más locos que puedan en un parque de su localidad. ¡Hagamos que esto se vuelva viral! —exclamó una de las chicas, mientras grababan frente a sus cámaras frontales, sonriendo y gritando eufóricas.

Tanto Ramírez y Tamayo observaron con cierto repelús aquel panorama alienígena. Los celulares ahora eran un par de masas bulbosas con largos tentáculos que se movían como los cabellos de Medusa, con un ojo enfermizo en su centro. Las raras extensiones se adherían a las cabezas de las chicas mientras observaban más a la pantalla. Extrayendo algún tipo de energía que era emanada de las cuencas oculares de sus víctimas.

—¡Putra madre! ¿Es esto real? ¿Qué carajos son esas cosas? —maldijo con perturbación Oliver, mientras golpeaba el tablero del auto.

—He formulado mis hipótesis. Pero cuánto más he analizado el asunto, más mórbido se vuelve. ¿Te acuerdas de los grandes avances que se fueron dando desde la década de los noventa en Silicon Valley? De pasar de pesadas computadoras y robustos teléfonos portátiles, todo se fue impulsando a la reducción de sus tamaños, además de la llegada de las pantallas portátiles a color, las pantallas táctiles y los sistemas inteligentes. Me he puesto a pensar que mediante alguna colaboración siniestra, nuestro mundo fue absorbido por alguna especie de invasión alienígena. Así como ves, esos engendros sobre los celulares son una monstruosidad de otro mundo. Mucho más al observar todo el campo aéreo invadido de esas esferas oculares...

—¿Pero quienes han hecho esto? ¿Por qué no aparece en la televisión? —preguntó Oliver tratando de ordenar sus ideas.

Liévano le dijo que los medios de comunicación debían de ser instrumentos de manipulación alien masiva. Por eso había destruido el celular de Ramírez, para no estar intervenido con estas entidades. El ingeniero concluyó que las pantallas planas, tabletas, laptops y cualquier dispositivo inteligente con pantalla tenía uno de esos malditos bichos.

—Pero, ¿qué les hacen a las personas? —preguntó Oliver, mientras observaba a las chicas envueltas por las fibras de aquella monstruosidad que conformaba su smartphone.

—Posiblemente se alimenten de la energía psíquica que emanamos por los ojos. ¿No te has sentido muy cansado cuando pasas mucho tiempo frente a un monitor? ¿No te has percatado que el tiempo pasa muy rápido con la nueva virtualidad?

Las palabras del ingeniero Tamayo cayeron con pesadez en la mente de Ramírez. Para ese momento debía de tratar de comprender y analizar cada uno de los elementos siniestros que había visto, para no caer en la locura.

—Esto es demasiado para mí. Quítame esta cosa por favor.

—Claro, solamente debes ... —Tamayo se acercó para removerle el casco, pero grande fue su sorpresa cuando observó por el retrovisor cómo una de aquellas esferas oculares voladoras se acercaba desde atrás de su vehículo—. ¡Por un demonio!

—¡Qué pasa! —exclamó Ramírez con temor al darse cuenta de que los perseguían.

—Ponte el cinturón, nos vamos de aquí —dijo Tamayo y prendió el automóvil con rapidez.

Avanzó metiéndose entre algunas calles despejadas. El tráfico empezaba a conglomerarse en las grandes avenidas, seguramente porque todos iban a sus trabajos.

Tamayo siguió observando por el retrovisor hasta que perdió al objeto. Se estacionó cerca de un OXXO y sacó la cabeza para ver a su alrededor. Algunos muchachos observaron al par de hombres entre risas. No sabían qué carajos estaban haciendo con esas cosas en sus cabezas.

Pero algo estaba mal.

—¿Qué sucede? Quiero regresar a casa, Liévano. Regrésame por favor. Debo avisar a mis hijos que dejen esos jodidos dispositivos en paz.

—¿Dónde están ellos ahora?

—Están con mi ex esposa Cecilia, en Guadalajara. Seguramente en clases en línea o algo así —comentó Oliver agarrándose la cabeza con desesperación.

—Imposible escapar de esas cosas, todos estamos inmersos en la utilización de todo este tipo de tecnología. Tras la pandemia, se volvió un sí o sí, estar conectados y tener acceso a estos dispositivos. ¿Te acuerdas de las largas clases en línea que estuvimos dando por meses? Horas y horas metidos en la computadora. Hasta tuve que comprar unos mejores lentes —comentó el profesor Liévano, mientras movía inquieta su rodilla, apretando el volante.

—Eso sí, amigo. ¿Qué ocurre? Te veo muy desesperado.

—Esa es la incertidumbre, hermano. Esos pinches ojos se están moviendo más rápido en el cielo —comentó Tamayo con preocupación.

—Hay que buscar la forma de perderlos...

—Pero, ¿cómo? ¡Están en todos lados! —indicó Liévano, azotando sus manos en el volante.

En aquel momento no había mucho qué hacer. Así que el ingeniero prendió el auto y empezaron a avanzar.

—¿A dónde vamos ahora? —cuestionó Ramírez, viendo con terror a algunas naves oculares descender de los cielos, volteando en un edificio cercano.

—A cualquier lado, pero lejos de esas cosas —dijo su compañero, manejando de prisa.

Un grupo de cámaras de seguridad especializada pudo ver cómo este par de sujetos avanzaba con velocidad entre las calles. Cargaban esos ridículos cascos, volteando a ver para atrás y tratando de evadir algún objeto imaginario. Un agente de seguridad los vio con intriga, conforme activó los *Visores de la Irrealidad*, pudo observar que ambos escapaban de aquellos artefactos de vigilancia. Aunque un poco preocupado, decidió salir de las instalaciones para ir a buscarlos. Seguramente portaban alguna tecnología interesante.

El auto del ingeniero fue golpeado por un par de esferas oculares. Esto lo obligó a estamparse contra un puesto de venta de ropa. Mucha gente corrió despavorida del lugar. Ambos salieron del auto y se dirigieron al interior

de un mercado público, tratando de esconderse de sus peligrosos perseguidores.

—¡Maldita sea! ¿Ahora qué hacemos? —refunfuñó Oliver con desesperación, al ver cómo una esfera ocular ingresaba en una de las entradas del mercado.

Cuando vieron los celulares de las personas que pasaban, pudieron notar que aquellos monstruosos ocelos también dirigían por ratos la vista hacia ellos. De manera indudable ya estaban localizados como una anomalía dentro del orden establecido. ¿O desorden habitual?

Lograron escabullirse, al salir por la parte trasera del lugar. Los contenedores de basura se extendían a los lados de un corredor sucio, maloliente.

—¿Y sí tratamos de quitarnos estos cascos? Posiblemente sin ellos ya no nos perseguirán —comentó con agitación el profesor Ramírez.

—Vete a la fregada. ¿Y ya no verlos? Eso sí sería mucho más peligroso.

Pronto un enjambre de aquellas cosas salió y Liévano desenfundó su revólver. Disparó varios proyectiles a la estructura de aquellas malditas esferas. El sonido de las patrullas se escuchaba a lo lejos. Tal vez buscando al par de locos que huían de sepa Dios de qué.

El profesor Ramírez trató de salir a una de las principales avenidas, pero cuando menos se dio cuenta, uno de esos grandes ojos se encontró frente a él. La mirada del alienígena estaba dilatada, con muchas asquerosas venas en todo su contorno. Su estructura palpitaba de for-

ma maligna. Oliver estaba estupefacto, se había quedado congelado.

—¡Joder! Salga de ahí, maestro. ¿Qué carajos hace? — exclamó el ingeniero Tamayo, impotente ante el panorama.

Hasta que sucedió lo peor.

La esfera ocular empezó a dividirse, abriendo una especie de cavidad hasta capturar en su interior al profesor Ramírez. Luego se empezó a elevar en los cielos.

Liévano estaba con los nervios a punto de estallar, como pudo volvió a entrar en un largo pasillo del mercado. Avanzó con cautela y trató de colocar más balas en su pistola.

—Ya no es necesario que siga escapando, señor Tamayo —comentó un hombre con traje negro que había aparecido de repente.

—¡Ah chingar! ¿Y tú de dónde saliste?

—Venga conmigo —dijo con seriedad, mientras una especie de puerta de metal se materializaba en una de las paredes.

El ingeniero trató de abrir bien los ojos, no podía creer lo que estaba viendo. Si seguía en esa condición, tarde o temprano la locura lo atraparía irremediablemente. Sin mayores opciones, siguió al hombre trajeado. Ambos desaparecieron dentro de la puerta en la pared. Segundos después se esfumó la extraña entrada, para volver a quedar la losa toda grafiteada que yacía ahí.

Luego de un lapso de tiempo irregular, los dos hombres aparecieron dentro de una cabina de interrogatorio.

Todas las paredes eran grandes espejos que reflejaban a los dos individuos.

—Me agrada mucho verlo en persona, ingeniero Liévano. Tal parece, el casco que tiene puesto le ha revelado un par de secretos de la realidad —comentó aquel hombre moreno, sacando un habano y ofreciéndole a su invitado—. Quítese ese artefacto, tome uno, aquí no existe peligro.

—No sé quién diablos es usted. Y este casco me ayuda a ver los verdaderos peligros del entorno...

—Lo entiendo. Pero ambos no tenemos más alternativa. Usted necesita respuestas, un lugar seguro. En mi caso, solamente necesito información de su interesante aparato.

—¿Qué necesitas de mí? —refunfuñó irritado.

—Su tecnología —comentó regalando una sonrisa, tratando de ganar la confianza del profesor—. Usted está demasiado tenso, relájese. Estoy aquí para ayudar.

Liévano trató de recuperar la compostura, luego de un fuerte mareo, decidió finalmente quitarse el dispositivo. Tomó un habano, lo prendió. Tan pronto la nicotina entró por su organismo, todas las tensiones se fueron disipando. Exhaló una bocanada de humo, observando con detenimiento al hombre de traje.

—¿Usted quién es? ¿Y dónde estamos? —preguntó Liévano con interés.

—Yo soy el agente Rodrigo Escobar. Miembro de la *Agencia Pacificadora*. Ahora mismo, estamos en una parte del

complejo subterráneo *Undertitlán* oculta en alguna parte de la Ciudad de México —explicó el agente con calma.

—Con que Agencia Pacificadora. ¿Entonces qué son esas cosas que vuelan en los cielos y que están en cada uno de los dispositivos electrónicos?

Aquella debería ser la pregunta del millón, ante lo cual el agente sonrió y empezó a explicar serenamente.

—Dado a que usted ha descubierto los hilos que manejan al mundo, me parece muy adecuado que sepa la verdad. Esas naves oculares forman parte de la raza los *Arcontes*...

—Entonces, ¿sí son una raza alienígena? ¿Y por qué no podemos verlos?

—No realmente. Son más bien una especie de criatura extradimensional. Usted como profesor debe conocer la teoría de Universos Alternos —explicó el hombre haciendo ademanes, el ingeniero asintió—. Pues bien, éstos viven de alguna forma parasitaria en nuestro mundo. Absorbiendo nuestra energía mental para sus fines. Como podrá sospechar, toda la humanidad forma parte de una ingeniosa Granja Humana. La manera en que ellos se esconden en la realidad es en base a ciertos químicos que se dispersan en la atmósfera. Además de la distorsión del entorno que se ha logrado en base a las radiofrecuencias, en conjunto con los dispositivos electrónicos. De esa manera se camuflan en el ambiente...

—¿Y por qué dejaron que pasara esto? ¿Qué nos dan a cambio ellos? —Siguió preguntando el ingeniero, tratando de comprender la complicada situación.

—Es algo evidente, querido amigo. Ellos nos dan tecnología y nosotros les damos la libertad de alimentarse sin problemas. Ahí ocultos, pero sin que afecten a individuo alguno.

Liévano trataba de comprender lo que estaba diciendo el extraño sujeto. Más allá de que su mente era un caos, meter más teorías alocadas no hacían más que complicar su actual percepción de las cosas.

—Y si esto es un mutuo acuerdo, ¿qué necesitan de mí?

La pregunta debió de crear un efecto en el agente y se acercó un poco más al profesor.

—Usted ha encontrado una manera útil de percibir estas malditas cosas. Lo que necesitamos de usted es que nos comparta su artefacto, para poder crearlo en masa y ayudar a más gente a conocer la verdad.

—¿Y para qué hacer eso? —preguntó Liévano con intriga.

—Desde la explosión de la virtualidad, ellos están ingresando a nuestro mundo a una peligrosa entidad extradimensional que podrá poner en jaque a la humanidad.

—¿Y de quién se trata?

—Nosotros la hemos bautizado como Inteligencia Artificial. Pero lo único que traerá a nuestro mundo será más esclavitud mental. ¿Se imagina usted a un mundo con la población sumergida en mundos virtuales satisfactorios? Nos alejarían totalmente de la realidad, quedando a merced omnipotente de éstos organismos —explicó con preocupación el agente Escobar.

En Tamayo había nacido un creciente sentimiento de intranquilidad. Para ese momento, no sabía realmente qué creer. ¿Acaso lo que decía el agente era verdad?

—¿Cómo una IA podría afectar tanto así a una sociedad? Se supone que sería una creación sintética al servicio de los humanos.

—Eso es justamente lo que intentan que pensemos... ¿Usted acepta otorgarnos la facilidad de estudio de su dispositivo?

Tras analizarlo concienzudamente, Tamayo decidió que debía compartir su tecnología. Comprendió que aquello debía de ser lo más adecuado para todo. Se levantó de la mesa y le dio un apretón de manos al agente.

—Usted ha hecho una valiosa labor, ingeniero Liévano. Ahora su aparato podrá ayudar a esta invadida sociedad humana. A ser el germen de una revolución —agradeció el agente Rodrigo con una sonrisa.

El profesor meditó por un instante su situación actual. Le preguntó a Escobar si existía alguna forma de que lo ayudaran a estar a salvo de aquellas criaturas. El agente comprendió su incertidumbre, le mencionó que lo llevarían a un lugar seguro y alejado de toda esa gama de distorsiones. Mientras la Agencia Pacificadora arreglaba el problema, Tamayo fue retomando la calma. “¿Cómo me podré comunicar con ustedes si los necesito y qué pasó con el profesor Oliver?”, cuestionó el ingeniero, cruzando los brazos y frunciendo la mirada. El agente meneó la cabeza, le explicó que su compañero había sido captu-

rado por los Arcontes y que a esta altura ya no podrían hacer nada para recuperarlo. Le insistió a Liévano que se sintiera satisfecho de estar a salvo. Se levantó, caminó hacia el hombre y le entregó un pequeño block de notas. Le dijo que con ese artefacto podría comunicarse con ellos cuando fuera necesario. Era una especie de intercomunicador.

El profesor vio con desconfianza el objeto, cuando lo abrió, pudo ver un botón con forma de radar en medio del block. Tan pronto terminaron de firmar los acuerdos y explicar las características técnicas del casco, una amplia puerta se fue materializando en una de las paredes de cristal. Liévano fue dirigido a un extenso rancho en medio de la nada, una cúpula cristalina cubría el firmamento. Un par de sirvientes acudieron a su llegada y le invitaron a pasar dentro de una casa rústica de madera de dos plantas. Cuando volteó a ver para atrás, la extraña puerta se había esfumado. Solamente se miraba un extenso prado y a lo lejos las montañas. ¿Acaso había hecho lo correcto? Sea el caso que fuera, él estaba a salvo... por ahora.

Una tarde después de mucho tiempo, tras llevar una vida austera en aquel valle, Liévano Tamayo se encontraba tranquilo tomando el té en el cobertizo. Los árboles se empezaron a mover a causa de un aire inexistente. Una gran compuerta se materializó frente a la casa. De ahí salió un pelotón de soldados, los cuales portaban cascos octagonales con la bandera de México pintada a un costado.

El profesor se puso de pie, hasta que un soldado se acercó a él, quitándose el casco. Se trataba del agente Escobar. Le explicó con voz firme, que la guerra contra los Arcontes había culminado. La fabricación en masa de los cascos, ayudó en sobremanera a detectar a las criaturas extradimensionales, para así exterminarlas.

Le presentó al comandante Julio Escutia y este felicitó al ingeniero por su valiosa invención. Un brillo en los ojos apareció en el maestro Tamayo. Ellos lo invitaron a volver nuevamente al mundo civilizado, ya habían pasado largos años lejos de casa.

Una vez de regreso, supo que mucha tecnología en electrónica había desaparecido. El cielo se miraba de un azul profundo, con densas nubes. Una atmósfera libre de amenazas. Se percató que los artefactos que se utilizaban eran más análogos, simples, de la vieja escuela. Grandes teléfonos con cables, televisores de bulbos, telégrafos, tocadiscos de vinilos, cassettes, prominentes CPUs y monitores monocromáticos. Se sintió a salvo. Con menos paranoia, pero como en los viejos tiempos. Sin tanta contaminación multimedia y sin la invasión camuflada.

DIOS NOS LIBRE DE LOS MARCIANOS

Las botellas de aguardiente rodaron por la mesa de don Rogelio Guzmán, al igual que sus últimos centavos. Había perdido todo el dinero que ganó al vender su último par de vacas. La satisfacción de disfrutar del licor, de desvanecer sus penas en la embriaguez, los juegos de cartas y junto a prostitutas, fue el mejor premio que pudo concebir. Ya existiría tiempo para lamentarse.

Después de salir a altas horas de la madrugada de la cantina Las Jícaras, el viejo se dirigió tambaleante entre las calles rústicas y empedradas del pueblo de San Tadeo. Una luna menguante se erguía brillante en el firmamento, con algunas nubes transitando rápidamente para desaparecer entre los cerros. Entre los árboles se escuchaba el ulular de las lechuzas, los matorrales se mecían en el camino, moviéndose con insania de un lado hacia otro.

Aunque borracho, don Rogelio conocía muy bien el camino a su casa. Supuso que no tardaría mucho en llegar, para así tirarse en alguna hamaca a las afueras de su patio. Siguió avanzando hasta que algo salió de entre la vegetación. El hombre trató de ajustar su vista y logró ver con asombro cómo una hermosa mujer semidesnuda, con un largo chal blanco se ponía al margen de la carretera. Ella

lo llamaba con una voz melodiosa y fantasmal: “Ven para acá, cariño. Sé que quieres gozar un poco... más”.

La extraña mujer lo invitó a seguirla, haciéndole señas con la mano, mientras se perdía en el monte.

El viejo estaba más que excitado por la situación y decidió sin pensarlo averiguar a dónde se dirigía. Corrió hasta meterse entre los arbustos, llegando a precipitarse en un escarpado voladero, rodando y golpeándose con uno que otro tronco. Cuando llegó al fondo, todo su cuerpo se encontraba con moretones. Su cabeza le daba vueltas. Trató de reincorporarse y frente a él, estaba aquella mujer que silbando lo invitó nuevamente a acercarse.

Don Rogelio se lanzó hacia ella, hasta que la atrapó. Le dio largos besos, mientras manoseaba su escultural cuerpo; con grandes pechos y amplias caderas. Poco a poco, lo invadió un terrible sopor, adolorido, fue perdiendo el conocimiento.

Un fuerte grito despertó al hombre más tarde. Toda su boca le dolía, tanto su rostro y manos estaban llenas de espinas. Se desconcertó al encontrarse cerca de un alto cactus. Y supuso con más cordura que esa maliciosa mujer podría haber sido la peligrosa *Tisigua*: espectro que se aparecía.

Volvió a incorporarse y buscó el origen del ruido. Tan pronto subió a una alta colina, pudo observar con perplejidad a un extraño objeto luminoso sobrevolar los cielos, con un raro resplandor tubular que hacía flotar a un hombre por las alturas. La víctima gritaba con desesperación, hasta desvanecerse dentro de la esfera voladora.

El borracho se frotó los ojos, tratando de observar bien lo que ocurría frente a él. A pesar de su estado, pudo comprobar que aquella voz le parecía familiar. Esa era la de su compadre Lucio González. Asustado se escondió entre los matorrales y empezó a rezar: “Dios mío, escóndeme de los marcianos. Te juro por el Señor de Esquipulas que dejaré de tomar y te llevaré un bonito arreglo de flores”. El hombre se aferraba a su rosario que besaba con devoción.

En ese momento el maligno objeto se mantenía ahí arriba, flotando, al tiempo que expulsaba un potente resplandor por todo el valle. Don Rogelio estaba aturdido, se llevó la mano a la cintura. Apretó el mango de su pistola. Pasaron los minutos hasta que la peligrosa máquina se perdió entre las estrellas. Tan pronto Guzmán se vio a salvo, corrió y corrió hasta llegar a su rancho.

Al día siguiente todo el pueblo supo de la desaparición del compadre de don Rogelio. La familia González estaba preocupada sobre el paradero del marido de la señora Bartola. Lucio González era alto, con largo bigote y siempre le gustaba andar a caballo. Esa tarde su mejor semental, Pepe, regresó a la hacienda pero sin su preciado jinete. «¿Dónde se había ido don Lucio?», se preguntaban todos los familiares, tras eso, empezaron a pegar carteles en las calles. Aunque para un pueblo la desaparición de un hombre pasaba desapercibida; de vez en cuando se perdían días entre fiestas y cantinas, pero don Lucio era

diferente, él era un señor pulcro. Sin ningún vicio más que subir a sus tierras y verificar sus cosechas. ¿Qué había pasado con él entonces?

Con lo poco que le quedaba al señor Guzmán, fue al mercado y compró un gran arreglo de flores. De ahí se dirigió bien vestido a la iglesia de San Esquipulas. Entró al recinto y se persignó, para seguidamente dejar el arreglo en el altar y rezar un par de padres nuestros. Tras ello se dirigió al convento de los monjes que se encontraba a un costado. Una vez ahí buscó a Juanito López quien era el pintor del lugar, para que pudiera dibujarle una ofrenda en agradecimiento.

—¿Qué es lo que quiere, tata? —preguntó el pequeño hombre moreno y de peculiar bigote.

—Necesito que me hagas un exvoto para el Cristo de Esquipulas. Le agradeceré por un milagro —comentó muy animado, bajando su sombrero en acto de respeto.

—Me alegra mucho, hermano. Por suerte, estoy con algo de tiempo libre. ¿Qué mensaje gusta que le ponga?

—Este mira —dijo el viejo y extendió una hoja con una frase mal escrita donde se leía: “Doy gracias al señor de Esquipulas, por haberme salvado de ser llevado por los marcianos. Andaba muy bolo, pero rezando por su merced, logré salvarme de ser secuestrado por los hombrillos verdes que se alejaron entre los cerros con su diabólico platillo”—. ¿Se entiende bien?

El pintor lo vio confundido y preguntó:

—Si andaba borracho. ¿Cómo sabe que los marcianos querían llevarlo? ¿Observó realmente cómo son?

—¿Acaso no has visto las películas de *El Santo*? Son de esos mundos raros, allá lejos en el cielo y que se llevan a los hombres.

—Sí, he visto sus películas. Y vaya que los monstruos son espantosos. Ahora mismo pinto su ofrenda...

La iglesia de San Esquipulas era muy famosa por la variedad de ofrendas pictóricas que realizaba don Juan, las cuales eran llamadas “*Exvotos*” por los sacerdotes. Estas eran ofrendas que se dirigían con respeto hacia los santos y vírgenes. Esa tarde el señor López utilizó toda su imaginación para lograr plasmar parte del escenario que le describió don Rogelio. Ilustrando al hombre en el monte, en una noche oscura con aquel extraño objeto volador flotando en el cielo y lanzando rayos a las colinas. A un costado se encontraba la imagen del Cristo de Esquipulas, salvando al hombre de una inevitable abducción. Después que se secara el lienzo, don Juanito colgó en el pasillo de los exvotos a la peculiar ilustración, llamando la atención a más de un fraile o monaguillo.

—¿Qué es eso don Juan? —preguntó un monje, mientras se persignaba horrorizado.

—Según el testimonio del señor Guzmán, un platillo volador quiso atraparlo en el monte y rezando a Santo Esquipulas pudo librarse del siniestro.

—¡Vaya imaginación de este hombre! —exclamó el religioso y don Rogelio se aproximó.

—Lo juro por Dios, que eso fue lo que vi. Y lo peor... —dijo y respiró hondo para proseguir—. Vi cómo mi

compadre Lucio desaparecía dentro de aquella cosa en el cielo.

Los hombres lo observaron con perplejidad, analizando la cuestión.

—¿Usted sabe que el señor González ha desaparecido? ¿Nos está diciendo que se lo llevaron los marcianos? —comentó otro de los monjes, llamado Julio Montiel que se interesó en la plática.

—Sí, sí. Yo mismo vi lo que pasó...—aseguró el viejo.

En aquel instante, las palabras del pobre hombre fueron cuestionadas con detenimiento. ¿Acaso decía la verdad? ¿O algo más escondía?

El padre Julio se dirigió a las autoridades del pueblo de San Tadeo y expuso lo sucedido con el alguacil Manuel de Toledo. Los dos hombres debatieron la cuestión, empezando a especular sobre el destino del indio Rogelio.

—¿No fue ese mismo viejo el que expuso que se había encontrado con el diablo en el cerro? —cuestionó don Manuel al religioso.

—Es ese mismo, mi señoría. Es el borrachín del pueblo. Pero..., siempre anda armado. Tal vez entre sus delirios pudo haber matado a su compadre —explicó con cizaña el anciano sacerdote, mientras se quitaba los lentes y los limpiaba con su sotana. El padre Julio ya había tenido la incomodidad de encontrarse a don Rogelio tomando a las afueras del convento en varias ocasiones y eso, le creaba una hostigante molestia.

—Vaya que sí es muy extraño ese indio. Pero nunca antes había hecho daño. ¿Existen testigos de que él hubiera matado a don Lucio?

El sacerdote meditó por un momento. Pero tras pensarlo un rato, negó con la cabeza.

—En este momento, debemos entender la preocupación de doña Bartola González. Ella sigue buscando a su marido en las montañas, no deja de llegar para pedir oración por el pobre hombre. Tal vez si le damos ese veredicto, pueda encontrar un poco de calma —mencionó don Julio y besó su crucifijo de madera—: Qué Dios tenga en su gloria alpreciado señor Lucio, sea donde esté.

El alguacil analizó la situación, si algo había de cierto, es que tenía a todos sus hombres buscando al compadre de Guzmán. Otorgar esa conclusión haría ceder la búsqueda y encerraría al latoso de don Rogelio.

Pasaron dos días y el señor Rogelio había hecho valer su palabra para no tomar trago alguno. Sus camaradas de las cantinas lo invitaban a regresar a los jolgorios, pero él se negaba cada vez que podía. Volver a salvarse de los peligros que se escondían en el monte, era su mayor satisfacción (hasta ahora).

Don Rogelio se encontraba sentado en el parque, cuando los soldados llegaron para llevarlo a la comisaría. Entre manoteos y golpes, lo subieron arriba de la carreta. Lo dirigieron a la cárcel municipal. La consternación del pobre hombre era más que evidente. ¿Ahora qué había

hecho mal? Si estaba haciendo todo el esfuerzo para portarse bien. Por fin había dado dinero para la comida en casa y les compró ropa nueva a sus hijos.

Doña Petronila, esposa del señor Guzmán, acudió a la penitenciaría para delegar por su marido. Aunque no era la primera vez que lo encerraban, ahora el delito por el que lo acusaban era mayor.

—¡Mi Rogelio es inocente! —exclamó la mujer gorda, aferrándose a los barrotes de la cárcel.

—Su esposo ha sido sentenciado a diez años en prisión, por delito de homicidio —contestó el alguacil con crudeza.

—¡Pero cómo! Si él nunca ha matado ni a un puerco. Será borracho y mal hablado, pero nunca un asesino —comentó doña Petronila con impotencia.

Entre los gritos, ingresó azotando las puertas la mujer de Lucio González.

—Tal como dice la Biblia: siempre existirán serpientes en el jardín del Edén. Nunca lo hubiera pensado del alcohólico compadre —sentenció doña Bartola y se encaró entre lágrimas a su comadre.

—No es así, comadrita. Esas son calumnias de la peor. Mi esposo nunca haría semejante atrocidad. Si tan buenos amigos que eran.

Doña Bartola tenía los ojos rojos, llenos de lágrimas, mientras sus hijas trataban de calmarla. Hasta que recuperó las fuerzas y exclamó con rabia:

—¡Vaya usted a saber! Si era bien sabido que a mi Lu-

cio no le gustaba tomar y seguro el compadre Rogelio le tenía mucha envidia, por ser un hombre pulcro y no borracho como él...

Las dos mujeres siguieron discutiendo y el alguacil junto a sus compañeros trataban de apaciguarlas. Al fondo de la cárcel, estaba el pobre viejo Guzmán, escuchando tras los barrotes la algarabía que se realizaba en la entrada.

El crepúsculo se había cernido en el pueblo, poco a poco toda iluminación terminaría sepultada por la oscura noche. La localidad de San Tadeo estaba rodeado de altos cerros y los sistemas eléctricos llegaban muy poco al lugar. Uno que otro faro iluminaba las calles de tierra y los pequeños torbellinos de polvo se levantaban con el viento que corría, silbando entre las paredes hechas de adobe.

De pronto los caballos afuera empezaron a encabritarse, los perros aullaban en cada esquina mientras veían al cielo con repelús.

Don Rogelio se colgó entre los barrotes, alcanzando una ventana que estaba a pocos metros de altura, hasta que logró ver nuevamente un par de luces que se abrían paso entre las montañas del horizonte. Él volvió a enfocar su vista. Se frotó los ojos, por si lo que estaba viendo era una ilusión. Pero no era así. ¡Realmente estaba pasando de nuevo!

—¡Alguacil, Manuel! ¡Ahí están! Salgan afuera...—gritaba el hombre con todas sus fuerzas, al momento en que todos los presos que andaban presentes entraron en pánico al ver lo que sucedía al exterior.

—¡Auxilio! Han venido por nosotros —exclamó un mulato con cadena perpetua.

Uno de los guardias se aproximó con molestia para tratar de callar a los criminales, pero tras caminar pudo ver por otra de las ventanas, a un gran objeto volador planear sobre los cielos cerca de la iglesia de San Esquipulas.

La inusual nave podría medir más de cien metros y flotaba ahora sobre la parroquia, donde los monjes corrían despavoridos, huyendo de la maligna máquina en el cielo. Sus luces relampagueaban por todos lados, mientras se escuchaba un zumbido ensordecedor conforme avanzaba.

El padre Julio se hincó en el suelo de la plaza frente a la iglesia, cuando observó atónito al monstruoso platillo que se encontraba sobre él. Trató de rezar a todos los santos, pero las súplicas ya no fueron escuchadas por su misericordioso Dios.

—¡Por favor, Señor de Esquipulas! Sálvame de los marcianos y te juró que seré un mejor cristiano... —Alcanzó a decir mientras se cubría el rostro de la fulminante luz que se proyectó ante él. Hasta que fue elevado por los cielos dentro de una rampa tubular fluorescente que lo hizo flotar hasta ingresarlo dentro de la nave.

Todos los monjes quedaron estupefactos de la impresión, los cuales no paraban de rezar; apretando sus biblias y buscando un poco de protección de su amado Jesucristo.

—Don Rogelio, nunca tuvo la culpa. Saquen a ese hombre de la celda —ordenó el alguacil Manuel, cargando con municiones al rifle que tenía.

Los oficiales se resguardaban dentro de la prisión. La luz se había ido y lo único brillante era el enigmático platillo ahí flotando en las alturas.

Doña Petronila se juntó nuevamente con su esposo, saliendo ambos con cuidado a las peligrosas calles del pueblo. Los dos se subieron a un caballo y se perdieron entre las avenidas, rumbo a la seguridad de su lejano rancho.

El pintor Juanito se subió hasta el campanario y realizó nuevamente una pintura sobre un gran lienzo que pudo cargar hasta arriba. Aunque el viento corría fuerte, con todas sus fuerzas pudo plasmar con sus pinceles el insólito fenómeno que sucedía en los cielos de San Tadeo.

Aquello quedaría marcado en la historia, como la primera invasión marciana en tierras mexicanas, ilustrada en su peculiar exvoto. Al amanecer solamente quedaría un pueblo fantasma.

OBSIDIANA CAÍDA DEL CIELO

Una mañana fría de octubre la población quedó asombrada cuando lograron ver cómo un gran objeto rombooidal descendía del cielo. Se estrelló estrepitosamente sobre la pista del Aeropuerto Internacional de Texcoco. Su estructura era negra como el ébano. Un inusual vórtice de nubes se situó sobre el área, liberando extravagantes rayos que se estremecieron en las alturas. Todo el personal del lugar vio con desconfianza a la estructura que humeaba en el asfalto: «¿Acaso era una nave alienígena? ¿De dónde diablos había salido?», se preguntaban con inquietud los pasajeros a bordo en los aviones.

Ante esto un grupo de militares de la Guardia Nacional llegó para investigar sobre el caso. Se acercaron poco a poco, mientras los reporteros grababan lo que ocurría ahí. Tal vez ese instante sería el inminente contacto extraterrestre que todos esperaban desde tiempo atrás. Expectantes frente a los fenómenos OVNI que se manifestaban a lo largo del planeta, las suposiciones eran más que evidentes.

Los soldados que se aproximaron pudieron contemplar que el revestimiento de toda la estructura, estaba conformada por algún tipo de roca, más lisa que el mármol y con la textura de la mítica obsidiana. Trataron de averiguar de qué se trataba, pero cuando menos se dieron cuenta, una

compuerta se materializó expandiéndose ante sus ojos. La estructura no medía más de siete metros de largo y tres de ancho, pero la rampa se elevó varios metros arriba, liberando un extraño vapor. Todos los soldados apuntaron sus armas en ese momento, temblando de la impresión.

Frente a ellos, un hombre moreno, alto, con un largo traje de cuero apareció. Cargaba sobre su hombro a una mujer. Los dos traían tatuajes simbólicos en sus brazos, portando brillantes brazaletes y tenían narices aguileñas.

El individuo empezó a hablar en una extraña lengua, tan parecida a los idiomas autóctonos de algunas comunidades indígenas. Los soldados presentes no podían creer lo que estaban viendo. ¿Qué hacían esas personas en esa estructura de roca? Ninguno de ellos podía entender lo que decían.

Un antropólogo que miraba el reportaje en televisión, se percató que aquel lenguaje era una variación del antiguo maya, hablado en la era prehispánica. Detalle que inmediatamente comunicó a las autoridades.

Luego de algunas horas el doctor Genaro García, experto en estudios lingüísticos de la UNAM acudió al lugar de los hechos. Con la tarea de entablar comunicación con los intrigantes individuos. Los cuales con timidez fueron contestando algunas de las inquietudes del traductor.

El profesor Genaro García estaba asombrado. Conforme el indígena hablaba con él, descubrió peculiaridades que no podía comprender del todo.

Después de algunos minutos, el profesor se acercó al comandante Joel Morales y le explicó lo que había entendido.

—Puede que usted no me crea. Pero ese par de sujetos que ve usted ahí, son de descendencia Maya. Me explicaron que habían hecho un vuelo de reconocimiento sobre la zona, para lograr cartografiar el relieve. Pero algo debió salir mal. La máquina de obsidiana se estropeó. Soltó rayos hasta que una bruma mágica los absorbió —explicó con cautela el maestro, mientras los dos observaban a los forasteros, temerosos de su entorno. Algunos aviones descendían para aterrizar y éstos se agacharon con pavor—. Son las personas más enigmáticas que he visto. Posiblemente vengan del pasado, pero de un pasado que los colmó de peculiares avances en sus ciencias.

El comandante lo vio con extrañeza. «¿Acaso aquello era cierto?», pensó con seriedad.

—Son un par de individuos muy sospechosos. ¿Me está diciendo entonces que viajaron en el tiempo? ¿Cómo diablos llegaron acá?

Don Genaro lo vio con sorpresa:

—Dicen ellos, que viven aquí.

—Pero los mayas dominaron el sureste mexicano —opinó el comandante.

—Todo indica que llegaron a conquistar el territorio Azteca. ¡Algo sorprendente! ¿No lo cree?

El comandante Joel no podía asimilar semejante patraña. Así que decidió llamar al general en mando y notificar

esto a la Secretaría de Defensa Nacional. Los reporteros que estaban cerca fueron desalojados, también uno que otro curioso que seguía en los alrededores. Todos los vuelos en el aeropuerto fueron cancelados y un área de cuarentena fue implementada alrededor de la nave de obsidiana. Los dos extravagantes sujetos fueron remitidos a asistencia médica y se revisaron sus signos vitales. Aunque al principio pusieron resistencia, el maestro en lenguas los apaciguó hablándoles con cautela.

—Estos dispositivos le ayudarán a traducir su lenguaje —dijo el ingeniero Carlos Medina, quien entregaba una pequeña caja que parecía una bocina.

—¿Esto es un Alexa? —preguntó el profesor Genaro.

—Algo así. Un sistema de adiestramiento en aprendizaje lingüístico con inteligencia artificial. Se ha estado desarrollando para traducir lenguas muertas. Ahora mismo tiene una base de datos sobre idiomas autóctonos del país. Posiblemente pueda ser de mucha ayuda —afirmó con entusiasmo el ingeniero.

El doctor Genaro tomó el dispositivo, recogió el manual y se dispuso a estudiarlo.

Al siguiente día se armó una jornada de interrogatorio con los individuos. Sus atuendos eran muy vistosos; largas batas de cuero con símbolos grabados, un tipo de casco con plumas de quetzal, varios brazaletes de piedras preciosas en los brazos. Sobre sus pómulos estaba tatuada una cicatriz de dos símbolos, una distinción de su tribu. Un grupo de científicos analizó la estructura y la

conformación de la sofisticada maquinaria que integraba a la nave de obsidiana. Su interior se revestía de una variedad de gemas, conectadas a diversos filamentos hechos con alguna fibra vegetal. Un complejo sistema de engranajes de madera y pedernal hacían girar un misterioso giroscopio hecho de cuarzo y magnetita. Los tableros de control abarcaban un par de asientos hechos de bambú, varios entramados de filamentos conectados a un espejo frontal. Más allá de no encontrar una tecnología parecida a la actual, frente a todos se abría la posibilidad de una vieja ciencia enfocada al arte lítico sobre la aerodinámica antigua. El poder de las gemas podría ser mucho más extenso de lo que se conocía actualmente.

En el cuarto interrogatorio se encontraba el maestro Joel y el científico Julio Camarena, especialista en ciencias avanzadas del Politécnico Nacional. Frente a ellos estaban los dos individuos que se hacían llamar, Jakté y Pobakma. Y en medio de la mesa estaba el traductor artificial, listo para transmitir el mensaje a las autoridades que se encontraban al otro lado de la pared de cristal.

—Estos sujetos no son más que un par de extraterrestres que se quieren pasar de listos —sentenció el general Armando Ribero.

—Ni que lo dude, general. Tanto sus vestimentas como ese endiablado cohete son tecnología fuera de este mundo. Aunque algo primitivo para mi parecer —comentó el médico Pablo Rosas, mientras leía los últimos informes científicos señalando unos diagramas—. ¿Ve este diseño?

Son tan parecidos a los planos alienígenas del *Majestic 12*. Algo atrasado de su tiempo, pero de una u otra forma pudieron llegar a ello.

Todos los soldados dentro se quedaron viendo entre sí y empuñaron sus armas con fiereza. Temerosos sobre lo que eran realmente aquellos individuos.

El profesor Genaro preguntó en su lengua a los indígenas, sobre cómo habían llegado hasta su era. Tras ello, la mujer llamada Jakté empezó a hablar y el artefacto tradujo la conversación en ese instante: “Nosotros somos del Imperio de Pakal, el Gran Benefactor. Tal como hemos dicho, todo este territorio es nuestro y solamente realizamos un vuelo para detallar los caminos, las montañas y ríos que conforman esta zona que anteriormente fue dominada por los hombres de Moctezuma”.

Ante la respuesta, el ingeniero se adelantó a decir: “Este lugar era de supremacía Azteca. ¿Qué ha pasado con ellos?”.

—Fueron eliminados y sacrificados al dios Kukulkán —respondió Pobakma con crudeza y prosiguió—: A todo esto, ¿quiénes son ustedes? ¿Son hombres del bastardo de Cortés?

Todos se miraron con intriga, el ingeniero Julio preguntó:

—¿Ustedes han tenido contacto con los españoles, hombres blancos?

—Su estirpe fue erradicada de Tenochtitlán, desde sus barcos y carretas. Una vez quisieron dominar nuestras

tierras, pero fueron expulsados sin clemencia —explicó Jakté con seguridad en sus palabras, ante lo cual agregó—. ¿Ustedes son españoles?

—Para nada, somos mexicanos. Aunque, una mezcla de su descendencia...—comentó el maestro maravillado.

Los miembros de la SEDENA estaban sorprendidos. ¿Acaso existió una civilización más avanzada en el pasado? ¿Qué dominio tuvieron los mayas en México? Aunque todo sonaba descabellado, las evidencias estaban frente a sus ojos, por más extraño que sonara.

—¿Cuándo podremos regresar a casa? —preguntó Po-bakma con preocupación.

Los dos hombres se vieron entre sí y no supieron qué contestar.

—Sinceramente, no tenemos idea de dónde son realmente y cómo aparecieron aquí. Tal vez el tiempo nos dé más respuestas...—dijo el maestro con inquietud.

Luego de aquella conversación, los dos sujetos fueron transportados al Cuartel General 1a Zona Militar, para ser estudiados con más calma. Su inusual nave de piedra fue puesta en investigación por prestigiosos científicos de alrededor del mundo. Ante los informes que fueron saliendo de la extraña maquinaria con la que estaba conformada la aeronave lítica, pudieron comprobar que existía un duro manejo sobre las fuerzas gravitacionales. Se llegaba a mover en el aire mediante el soporte de leyes naturales no conocidas. Algo tan pesado no podría levitar tan fácilmente con tecnología convencional.

La curiosa piloto Jakté era morena, tenía nariz aguileña y un cabello largo, ella comentaba que mediante la energía de las gemas carmesí impulsaba de manera vibracional a la máquina. Aunque los técnicos del imperio sabían realmente qué configuración existía entre los diversos filamentos que envolvían los sistemas dentro. Era clara la función del giroscopio de cuarzo para dirigir la nave. La mujer dijo que este conocimiento fue otorgado por los dioses y que el Gran Maestro Pakal lo perfeccionó para viajar hasta el manto estelar.

Todos los documentos fueron clasificados por el gobierno mexicano y tratados mediante convenio con la CIA y la NASA. Se tenía la certeza que en algún momento la estructura voladora podría ser transportada a Estados Unidos para un mejor estudio.

Los físicos estaban de acuerdo que el inusual campo de rayos y la explosión en el cielo, pudo haber conformado algún tipo de agujero de gusano, que logró transportar a los aventureros siglos más adelante en el futuro. Aunque los más atrevidos indicaban que posiblemente los dos pilotos mayas venían de una realidad alterna en donde la supremacía prehispánica habría sobrevivido hasta nuestros días. La especulación sobre el origen de estos cosmonautas antiguos creaba un amplio círculo de estudiosos que se enfocaban en determinada teoría para conocer más del accidentado acontecimiento.

Durante las semanas siguientes, inusuales anomalías electromagnéticas se fueron detectando en la estación

militar. Situación que puso en alerta constante al cuartel. Por breves instantes los extravagantes brazaletes de los exploradores se encendían con una intrigante luminiscencia. Ninguno de los dos explicaba su significado. Ambos fueron dirigidos a celdas con más seguridad.

Una tarde lluviosa de noviembre, una tremenda tormenta eléctrica abarcó toda la zona metropolitana y más distritos de la Ciudad de México. Sobre los radares de climatología se pudo observar una perturbadora anomalía hexagonal, con distintas densidades de temperatura y radiación.

Tan pronto sucedió esto, un vórtice de rayos se manifestó a las afueras del Cuartel General, hasta que una enorme pirámide sobrevoló de manera tétrica a la superficie del lugar. Un par de aeronaves de obsidiana descendieron. Al tomar tierra, una decena de sus altos tripulantes salieron y se mantuvieron firmes en medio de la plazuela. Los militares se preguntaron: «¿Cómo diablos supieron sobre la localización de los indígenas?». Los soldados presentes pudieron contemplar que los vistosos brazaletes que portaban los indios cautivos brillaban con mayor intensidad.

En los trajes de cuero que portaban los pilotos se podían observar simbologías mayas que se interpretaban como: *Máak ka'an* o *Ch'íich'o' ka'an*. Conceptos que, al parecer, según los traductores hacían referencia a: “Hombres del cielo”, “Ave voladora”, indicativos que designaban a aquellos hombres como una legión de pilotos de esa civilización.

Los soldados empuñaron sus armas, esperaron órdenes de los altos mandos. Un hombre ataviado con mantas se acercó a ellos, sobre sus manos cargaba una especie de báculo con un extraño cristal ovalado. Una decena de helicópteros de la Marina sobrevolaba con precaución alrededor de la pirámide megalítica en el cielo. La máquina voladora no tenía la apariencia de un vestigio antiguo, sino de una estructura de roca caliza, finamente tallada y reluciente. Podría tener la envergadura de la pirámide del Sol.

—¡No se muevan! Invaden territorio federal —exclamó un soldado, que apuntó con su rifle M60.

Algunos símbolos empezaron a formarse dentro del cristal envuelto de vapores. Los indígenas admiraron el mensaje que se fue manifestando. Luego hablaron en su lengua, al mismo tiempo que unos glifos se expresaban en el inusual espejo.

El profesor Genaro contempló el panorama, haciendo zoom en las cámaras para ver más de cerca la pictografía.

—¿Qué es eso, licenciado? —cuestionó el comandante Joel.

—Tal parece es una especie de Espejo Humeante. Había escuchado que ese tipo de artefacto lo utilizó el mismo dios *Tezcatlipoca*, hacía referencia a su propio nombre. Ayudaba a profetizar, revelaba secretos. Tal vez pudieron apropiarse de tecnología azteca tras la conquista.

—¿Qué dice su mensaje?

El doctor consultó algunas guías en su laptop, luego de unos minutos habló:

—“Je’ela’ wíiniko’ob.”, que se traduce como: Libertad a los hombres. Eso es lo que indica el espejo —declaró y todo el comité analizó la cuestión.

El cielo tormentoso intimidaba hasta al más valiente. Su consistencia nebulosa, con rayos resplandecientes, sugería que algo mortal podría desatarse en cualquier momento. Desenlace que debería ser analizado cuidadosamente con los altos rangos y hasta con el propio presidente de la república.

Tras un duro debate dentro de las instalaciones, los jefes en mando decidieron que era adecuado otorgarles la libertad a los indios. En ningún momento fueron hostiles en su efímera estancia. El presidente Beltrán Ávila estuvo de acuerdo con el veredicto. México era ante todo, una nación pacífica. Los dos pilotos mayas fueron liberados y antes de que salieran al exterior, Pobakma exigió obtener al gran cuarzo que flotaba en medio de su nave de obsidiana. Sus necesidades fueron resueltas sin mayores complicaciones. Al pasar una hora, los dos intrigantes sujetos subieron a los cohetes y se perdieron en las alturas para entrar en la ciclópea pirámide que fulguraba misteriosamente.

Luego de unos minutos, toda la estructura desapareció dentro de una explosión de rayos y centellas. Llevándose consigo a la enigmática esfera de cuarzo, que posiblemente poseía información esencial recabada por el par de forasteros prehispánicos.

LOS CUENTOS

9. UPDOWN

11. PERFECTOS INTRUSOS

30. DIOS NOS LIBRE DE LOS MARCIANOS

41. OBSIDIANA CAÍDA DEL CIELO

Ajedsus Balcázar Padilla es un escritor mexicano de ciencia ficción, terror y fantasía. También poeta y compositor.

Nació el 29 de octubre de 1993 en Chiapas y vive actualmente en San Cristóbal de las Casas.

Maneja la revista de literatura fantástica «El Axioma» y ha sido publicado en varias plataformas digitales como; Sexta Formula, Espejo Humeante, Teresa Magazine, Polisemia Revista, El Narratorio No.59 y 62, Fanzine Letras Públicas, Teoría Omicron, Revista Letras y Demonios No.10 y 11, Perro Negro de la Calle No.53 y 55, Diablo Negro, y participa en Relatos Increíbles No.21.

Forma parte de la antología “Solar Flare – OVNI” de Editorial Solaris(2020) de Uruguay, y de “Error-404: Vínculo no encontrado” de Editorial Libre e Independiente(2021) de Perú y la antología de relatos extraños “Los Excentricos II” de Editorial Lapicero Rojo(2021) de México.

Entre sus aficiones entra en especular sobre posibles realidades, imaginar en mundos fantásticos y caóticos.

Blog: “La Dimensión de Ajedsus”

<https://ajedsus.art.blog/>



Ex Libris Diaboli Lingua

PERFECTOS INTRUSOS

muestra narrativa de Ajedsus Balcázar Padilla

se publica en el World UFO Day

1 de julio de 2024

en el momento preciso donde
podría estar comenzando la invasión.

Colección digital Pixel

de Lengua de Diablo Editorial

Antiguo Barrio de La Carolina

Cuernavaca, Morelos, México.





AJEDSUS BALCÁZAR PADILLA

PERFECTOS INTRUSOS

LENGUA DE DIABLO

EDITORIAL